

## DIÁLOGO CON *EL SUEÑO QUE NO CESA*

**Carlos D. Altagracia Espada**  
**Departamento de Ciencias Sociales**  
**Universidad de Puerto Rico en Arecibo**

*El sueño que no cesa, la nación deseada en el debate intelectual y político puertorriqueño (1920-40)*, era un trabajo anunciado que por fin llegó. Estamos aquí para celebrar su publicación por Ediciones Callejón. Como diría un colega del Departamento del que sólo conozco algunas historias, “Este es un buen libro, cómprenlo y léanlo”. Se trata de una obra clave para cualquiera que desee entender o realizar un trabajo sobre el nacionalismo y la invención de las ideas de nación e identidad en Puerto Rico. Es un libro que debe convertirse en una obra de consulta obligada. No sólo por el archivo que construye y maneja sobre Puerto Rico, sino por el archivo conceptual y el afán comparativo que se despliega en el texto.

Entiendo que, aunque José considera adecuado el modelo teórico de Chatterjee en tanto herramienta de análisis construida desde y para estudiar el nacionalismo en contextos coloniales, la imaginación envuelta en la construcción de este trabajo sirve para arrojar luz y brindar referencias de análisis de nacionalismos en otros lugares, sin que tengan al colonialismo como condición de fondo. Por ejemplo, en más de un aspecto la ciudad letrada dominicana durante el trujillato y el nacionalismo de arranque de Pedreira se intersecan, especialmente en el gesto pesimista, la inevitable influencia de un paisaje y una geografía ontológicamente dados y el ordenamiento de una memoria racial y cultural esencialmente occidental.

Aún más, en ambos casos se pueden establecer comparaciones en torno al poder de las historias en tanto productoras de un espacio social, el de la nación, que es articulado de cierta manera para que el deseo de homogeneidad y la expresión de la nación quedara asegurado, y desde el cual fuera posible establecer los límites del nosotros y el de los otros internos o externos. Se trata, entonces, de la articulación de una trama de relaciones espaciales destinada a imaginar y a reforzar una idea de “la segmentación territorial” que da paso a la solidificación de binarismos y maniqueísmos como yanquis o puertorriqueños, dominicanos o haitianos, civilización o barbarie. Binarismos y maniqueísmos que cambian de forma, más siguen siendo malditos y se expresan en grafitis tanto en San Juan como en Santo Domingo: “*Muerte a los dominicanos*”, “*Fuera la basura dominicana*”, “*muerte a los haitianos*”, “*si es haitiano no le vendas*”.

Y ya que menciono el modelo de Partha Chatterjee, deseo comentar que, siguiendo a este autor, José propone que “hay que separar al discurso nacionalista en dos áreas: las de su problemática en tanto afirmación de la identidad nacional y la de su temática”. El deslinde de su campo le permite analizar las estrategias del discurso nacionalista para inventar las identidades, sus modos de relacionar teoría y práctica política, su carácter polémico y creativo y la forma en que se estructura el discurso de manera sincrética. Además, abre la posibilidad de entender al nacionalismo como un campo discursivo polémico y heterogéneo. En ese sentido, José, también siguiendo a Chatterjee, estudia el imaginario nacionalista en sus diferentes fases, de arranque y movimiento (y sobre la última fase regresaré luego) y las plantea en lo que a mi entender es su carácter bélico y depredador. Otra de las manifestaciones del nacionalismo. Esta

operación me permite entender el nacionalismo como un campo discursivo fragmentado, tal vez caótico y fluido, cuyos fragmentos pugnan entre sí como parte de un proceso de solidificación. Entendido de esta manera, y parafraseando a Foucault, “lo que se encuentra al comienzo histórico de las cosas (en este caso el nacionalismo) no es la identidad aún preservada de su origen, es la discordia, es el disparate”.

En la división del campo de análisis, problemática y temática, como es planteada por José, creo identificar una tensión. Por un lado, la creación de espacios de análisis es una de las operaciones de las ciencias sociales que facilita la mirada, el ordenamiento y la significación de lo estudiado. En este caso la separación sugiere un “distanciamiento” (tal vez no sea la palabra adecuada) entre la práctica, si queremos, política y la forjación del discurso. Sin embargo, el ejercicio de escribir, ese proceso mediante el cual se signan, muchas veces como manchas que salen, las verdades del pasado, también son prácticas políticas inscritas en campos de fuerza.

Estas prácticas de significar y escribir la historia de la nación, de ordenarla y mostrar su lógica inscrita en la razón, están sustentadas en unas relaciones de fuerza que a su vez son el fundamento de la historia narrada. Como sabemos, los letrados y políticos trabajados por José operan un ejercicio de significación histórica. Ordenan una memoria y conjuran los olvidos. Por tal razón, cuando Pedreira, Albizu y Muñoz interpretaban y contaban sus respectivas historias de la nación, sin importar la fase, no sólo pretendían describir unas relaciones de fuerza. Considero que pretendían transformarlas. Visto de esta manera, el discurso histórico, en este caso de la nación, no sólo analiza y describe unos campos de fuerza sino que intenta modificarlos. En ese sentido, decir la Verdad de la historia implica un gesto bélico en la medida en que se pretende asumir una posición

estratégica. La historia se convierte en un saber de las luchas, en este caso de la nación, que se despliega y funciona, a su vez, en un campo de luchas. Así, el combate-práctica político y la historia como discurso están ligados el uno al otro.

La guerra, la historia de los conflictos y vejámenes, la historia de la colonia y los sujetos coloniales, la historia de la falta de soberanía, la historia de las luchas en y por las fronteras simbólicas, la organización de una memoria histórico-geográfica donde quede naturalizada la relación de la nación, sus sujetos y el paisaje de la patria, la historia de las amenazas y la de las posibilidades de dejar ser, le proporcionan densidad a las ideas de nación que José estudia. Es la guerra, la condición de posibilidad de la aparición de un discurso histórico nacional y la referencia, el objeto del cual se ocupa dicho discurso.

¿Y la tercera fase del modelo de Chatterjee? ¿Qué de la llegada, como tercer movimiento del modelo que sigue José? En el libro Rodríguez se concentra, hábilmente, en identificar y analizar los intelectuales y políticos que operan en los movimientos iniciales. Sin embargo, tal vez la interpretación de la ausencia del tercer movimiento nos ayuda a ubicar a José, el cuidadoso, dentro del campo bélico que confecciona. Al igual que sus estudiados, José no está fuera del campo de tensión de la nación puertorriqueña. Por cierto, hace tiempo sabemos que saber y poder van de la mano y que, por consiguiente, la ilusión de la neutralidad se desvaneció en el aire. La ausencia del tercer movimiento es su más elocuente posición política, ese es su guiño. La llegada a la cual no se ha llegado. El fin del telos de toda nación. Mas, vale la pena platearse si ese telos ha dejado de serlo, si ha perdido el encanto y la dureza que le proporcionaba la modernidad. O, como comenta un amigo anti-geógrafo, ¿no será que esa estación hace tiempo que se nos pasó? ¿O que, tal vez, se llegó y sólo algunos desean verlo?

Me gustaría plantearle a José, y de esto algo hemos conversado, si en el despliegue del discurso muñocista y en las operaciones simbólicas que pone en práctica se da una especie, no de depredación y cancelación, sino de incorporación de los monumentos y emblemas del discurso político de los contrarios. Entonces ¿podrá ser analizado no sólo como parte de la fase de movimiento sino también como parte de la fase de llegada? Claro que esto es una trampa que me permite terminar mi intervención señalando que es posible que las fronteras entre los movimientos del modelo que privilegia José sean porosas o que el telos de la nación sólo existe, parafraseando a Bauman, en cuanto fuerza del anhelo y no del deseo.